

y la única eficaz, puesto que el destino del hombre es desarrollar las facultades que Dios le ha dado, lo cual no puede hacer más que mediante su actividad propia y bajo su responsabilidad. La Iglesia calificó de rebelion estas pretensiones; para sofocar la insurreccion de la razon contra la autoridad, buscó aliados en los reyes, tan interesados como ella en reprimir todo movimiento de independencia. Abrióse una nueva lucha. Los hombres echaron de ver que para ejercitar sus facultades necesitaban libertad; la reivindicaron como un derecho natural, puesto que era un medio de cumplir un deber. Persuadidos de que su libertad sería irrisoria miéntras no estuviese asegurada por instituciones políticas, reclamaron garantías. El poder real y la Iglesia les opusieron una resistencia obstinada; trataron de contener la marea dentro de los antiguos diques. ¡Vanos esfuerzos! La ola pasó por encima y derribó los diques juntamente con los que los habian levantado. Hé aquí la Revolucion, su necesidad y su legitimidad.

¿A qué viene, pues, el decirnos ahora que la Revolucion francesa es satánica en su principio? (1). Satanás no es más que una ficcion horrible como tipo del mal. Y si por el espíritu de rebelion se quiere condenar la insurreccion del espíritu humano contra autoridades consideradas como sagradas, la Iglesia y el poder real, en este caso hay que rehabilitar á Satanás, y nosotros lo aceptamos como el primer precursor de la Revolucion. Solamente Dios es el bien absoluto; los hombres que se llaman órganos suyos son usurpadores; y contra el usurpador la insurreccion es más que un derecho, es un deber. ¡Cosa notable! Es tal el poder del espíritu revolucionario, en lo que tiene de legítimo, que arrastra hasta á los enemigos de la Revolucion. El conde de Maistre, despues de haber llamado *satánica* á la Revolucion, reconoce que es una gran época, una era nueva, que ha de realizar no sé qué gran unidad, hácia la cual nos encaminamos á grandes pasos (2). Se burla del cosmopolitismo de los legisladores revolucionarios, y de su pretension de hacer constituciones aplicables á todos los hom-

(1) DE MAISTRE, *Cartas y Opúsculos*, t. I, p. 293.

(2) IDEM, *Consideraciones sobre la Francia*, c. II.—*Veladas de San Petersburgo*, XI conferencia.

bres, á todos los tiempos y á todos los lugares (1); y más adelante confiesa que las consecuencias de la Revolucion, en todo género, se han de hacer sentir mucho tiempo despues de su explosion y más allá de los límites de su hogar (2). En fin, cree que la Revolucion será el instrumento providencial de una regeneracion de la humanidad.

¡De suerte que Satanás va á regenerar el mundo, al ménos como ministro de Dios! ¡Singular ayudante ha buscado la Divinidad!

¿No será tal vez este Satanás el Espíritu divino? No creemos ya, como el Evangelio, que el diablo sea el príncipe del mundo; la creencia de la humanidad moderna es que la Providencia divina dirige nuestros destinos. La accion de Dios se manifiesta lo mismo en las tempestades y temblores de tierra que en el curso regular de las estaciones y en la influencia benéfica de los elementos. Esto significa que las revoluciones proceden de Dios. Si son un bien, y á la vez un origen de males, esto consiste en que el hombre no avanza hácia el término de su destino sino por medio de sufrimientos. Y si ha de sufrir, consiste en que es imperfecto, y por consiguiente culpable. Pero la expiacion que Dios le impone es tambien un instrumento de educacion. Los dolores de la humanidad no son nunca estériles; son como un parto continuo. Tal fué la Revolucion. Ha dado á luz un mundo nuevo.

§ II.—La Revolucion y los hombres del porvenir.

I.

La Revolucion ha tenido por contemporáneos, por testigos, hombres de gran capacidad; ¿qué pensaron éstos de un acontecimiento que desbarataba sus ideas y el mundo? La primera impresion, y ésta es la mejor, fué un entusiasmo casi universal. Interrogaremos de preferencia á los extranjeros, poetas, historiadores,

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones sobre la Francia*, c. VII.

(2) IDEM, *ibid.*, c. II.

políticos, cuyo temperamento no tenía nada de revolucionario. La Europa monárquica se coaligó contra una nación que, al reivindicar los *derechos del hombre*, derechos que declaraba eternos, inalienables, imprescriptibles, parecía hacer un llamamiento á la insurrección de todos los pueblos contra el antiguo régimen, bajo el cual no se conocía más derecho que el de los reyes. En el campo de los coaligados se encontraba uno de los grandes genios de los tiempos modernos. Goethe asistió á la jornada de Valmy, que decidió la retirada de los prusianos. Los aliados se habían imaginado que los franceses los recibirían con los brazos abiertos. La mañana del combate los oficiales prusianos, confiados en su antigua gloria, y jactanciosos por naturaleza, decían que los voluntarios que tenían enfrente les servirían para almorzar. Tuvieron que volverse en ayunas, muy descontentos de sí mismos, tristes y abatidos. Preguntóse al poeta su opinión sobre tan cruel contratiempo. Goethe había visto á los voluntarios de la joven república imperturbables en el fuego, y recibiendo las balas de cañon al grito de *viva la libertad!* Respondió á los oficiales: «Hoy empieza una nueva era de la humanidad; podeis decir que habeis asistido á su nacimiento» (1). ¡Palabra profética! El mundo antiguo había muerto el 14 de Julio de 1789, el mundo de la explotación del hombre por el hombre. Empezaba un nuevo mundo, que había de ser la edad de la emancipación de los individuos y de los pueblos.

Esta fué también la opinión de un escritor que pasó su vida interrogando á los anales de la humanidad. Juan Muller es más bien un hombre del pasado que un hombre del porvenir; mejor dicho, es el tipo del historiador tranquilo, desinteresado, que presenta los hechos con la fidelidad de un espejo ó de un aparato fotográfico. Repitió en el silencio del gabinete lo mismo que Goethe había dicho entre los estampidos de los cañones; el antiguo mundo se derrumba; alzáse un nuevo mundo. Cuando decimos que Muller repitió las palabras del poeta, es inútil añadir que en ambos fué una impresión original y espontánea. Los alemanes, ajenos á toda vida política, se habían contentado, hasta fines del siglo XVIII, con el

(1) GOETHE, *Campagne in Frankreich*. (Obras, t. XXX, p. 75 y sig., edicion de 1829.)

movimiento del pensamiento religioso; en el momento en que estalló la Revolución, tenían fija toda su atención en la literatura, que acababa de tomar un vuelo extraordinario y que prometía más todavía. Naturalezas vírgenes, su alma se abría á todas las aspiraciones grandes y bellas. Su apreciación de la Revolución francesa es como la voz instintiva de la conciencia humana, y será la que adopte la historia.

Habia otro pueblo que hacía siglos venía practicando la libertad. Los Ingleses habían tenido también sus revoluciones, y no se habían detenido ante la sangre de un rey. Desde 1688 la aristocracia ocupaba el poder; todos los partidos aceptaban la libertad, pero era una libertad privilegiada: había clases, razas enteras, excluidas del gobierno, y sus derechos, como consecuencia de esta desigualdad, estaban profundamente viciados. Era más difícil para los Ingleses que para los Alemanes el comprender la Revolución francesa. Una antipatía secular los separaba de sus rivales; poco filósofos, respetaban la tradición, aún cuando consistía en abusos. Costaba trabajo á los Ingleses de pura raza el acostumbrarse á las formas de las asambleas nacionales de Francia; hubieran aceptado una revolución de 1688, una transacción entre el poder real y los tres órdenes; no sabían lo que quería la furia francesa con sus derechos del hombre y su cosmopolitismo. Burke fué el órgano de estas opiniones. Pero había también en Inglaterra espíritus más generosos, menos ingleses y más humanos; aplaudían el despertar de una nación que había gemido bajo el despotismo más degradante, el despotismo de una Iglesia incrédula y de una monarquía crapulosa; comprendían y hasta disculpaban los excesos de un pueblo que se rebelaba contra una opresión secular, y los imputaban menos á la libertad que á la tiranía. Fox fué el jefe brillante de la joven Inglaterra; repitió también la frase de Goethe, pero dándole más precisión: «La Revolución, dijo, es el paso más grande que se ha dado para la emancipación del género humano.»

No hay para qué decir que todas las almas generosas en Francia abundan en este entusiasmo. Había en París en 1792 una mujer de genio que, por tradición de familia, sentía simpatía hacia la libertad aristocrática de Inglaterra. Madame de Stael fué testigo

de los primeros crímenes del Terror. Hubiese sido perdonable en aquella alma tan dulce que hubiese abrigado una antipatía de sentimiento contra una Revolución manchada con las matanzas de Setiembre. Pero había tanta firmeza en su ánimo como simpatía en su alma; permaneció fiel á las ideas y á las esperanzas de 1789 en medio de los horrores de 1793. Los primeros renglones que escribió acerca de la Revolución recuerdan la apreciación de Fox y la profecía de Goethe: «La Revolución de Francia es una de las grandes épocas del orden social. Los que la consideran como un acontecimiento accidental no han mirado ni al pasado ni al porvenir. Han confundido el drama con sus actores, y á fin de satisfacer sus pasiones, han atribuido á los hombres del momento lo que habían preparado los siglos» (1).

Madame de Stael, á causa precisamente de sus predilecciones por Inglaterra, comprendió ménos el carácter universal del movimiento de 1789. Los Franceses se glorían de ello, y con razón. Las naciones no deben vivir únicamente para sí, como el hombre no debe concentrarse en su individualidad; los más ilustres, por el contrario, son aquellos que influyen poderosamente sobre sus semejantes con tal que lo hagan con desinterés y dispuestos á sacrificarse por ellos. Lo que llama la atención en la Revolución al más grande de los escritores de Francia, es precisamente su cosmopolitismo. Escuchemos á M. Lamartine: «La grandeza de la Revolución francesa consiste en no ser simplemente una revolución de la Francia, sino una revolución del espíritu humano: ha nacido en el mundo en el mismo día que la imprenta» (2). Esto es decir, como Fox, que está llamada á emancipar el mundo. Lamennais habla también con entusiasmo de esta tentativa de emancipación universal, en la cual, despertando de su letargo, trataron de tomar parte todas las naciones. El ilustre escritor añade las siguientes palabras, en las que, á través del abatimiento, se trasluce la esperanza: «Se creyó por un momento que la libertad iba á salir inmortal para siempre de las

(1) MADAME DE STAEL, *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución francesa*, 1.^a parte, c. 1.

(2) LAMARTINE, *Los Constituyentes*, t. I, p. 3.

ruínas de todas las tiranías. Esto duró algunos años, los más grandes de la historia. Después, aquel movimiento se detuvo. Continuó lo pasado, conservando apenas algunos frutos de aquel trabajo gigantesco, y diariamente los vemos caer y podrirse en el suelo» (1).

¿Qué hubiera dicho Lamennais si hubiera escrito después de 1852? Se le hubiera caído la pluma de las manos de desesperación; y, sin embargo, hubiera hecho mal en desesperar. Si la libertad tiene años de duelo en Francia, no es ménos cierto que ha recorrido toda la Europa después de la Revolución de 1789. Lo que demuestra precisamente el carácter humano y desinteresado de este inmenso movimiento, es que la nación que tomó la Bastilla y proclamó los derechos del hombre, sacó, al parecer, ménos provecho de su sacrificio que las otras. La Alemania es libre, la Bélgica es libre, las penínsulas del Mediodía de Europa, que parecían sometidas á la tiranía religiosa y política, ensayan el régimen de la libertad, al paso que la Francia, que ha inaugurado esta era de emancipación, parece abdicar de su libertad á los pies de un César. Estas recaídas no tienen nada que deba asustarnos. Son inevitables en un pueblo que obra por pasión: la furia francesa ha sido seguida necesariamente por una época de reacción y de desaliento. Pero ¡paciencia! El desaliento será á su vez reemplazado por un nuevo arranque. Si estos bruscos retrocesos son un defecto, son defecto propio de una gran cualidad. ¿Quién se atreverá á desesperar del porvenir de una nación que ha hecho la revolución de 1789?

II.

Los pueblos no brillan por el reconocimiento. Hay en las masas, más aún que en los individuos, una vanidad desmesurada que les hace olvidar muy pronto los servicios recibidos. Hoy se ha hecho de moda en Europa el menospreciar á la Francia y á la Revolución francesa. Nosotros preguntaremos á esos hombres, tan pronto para maldecir como otros para perder la esperanza, ¿qué

(1) LAMENNAIS, *Amshaspands y Darvandés*, p. 99.

sería hoy de la Alemania, la Italia, la Bélgica, si la Revolución no hubiese removido el mundo, ó si hubiera sido ahogada por la guerra civil, obra de los curas, y por la guerra extranjera, obra de la aristocracia en union con la monarquía absoluta? ¿Quién ha hecho llegar á los oídos italianos los primeros gritos de independencia nacional? Los ejércitos de la República. ¿Quién ha puesto fin al innoble régimen de esa legión de pequeños príncipes alemanes, que no eran más que otros tantos lacayos con blasones? Los soldados de la República. ¿De dónde ha tomado la Bélgica los principios de libertad que sus vecinos tienen que envidiarle? De la Revolución. ¿Qué seríamos sin la heroica insurrección de 1789? ¿Qué seríamos si la raza francesa no tuviese esa furia que le ha hecho desbordarse por toda Europa? Seríamos lo que éramos en 1789: los esclavos de los sacerdotes, es decir, los más viles de los esclavos.

La reacción ciega que domina en Europa contra todo lo que se llama revolución empequeñece los ánimos y los falsea. Tenemos á nuestra vista el mundo nuevo que ha salido de la tempestad de 1789; no tiene nada de comun con el mundo tal como era hace un siglo. Sin embargo, una revolución que ha conmovido la Europa, y que está lejos de haber terminado, se la quisiera convertir en un simple accidente de la historia. Consúltense los historiadores, aún los mejores, acerca de las causas y caracteres de la insurrección de 1789; dicen que es un acontecimiento que produjo un poco de bien y mucho mal; encuentran su origen en hechos pequeños, dificultades de hacienda, torpezas del poder, intrigas de algunos hombres. Parecen pigmeos ocupados en diseccionar un gigante. Otros, ciegos por las preocupaciones de la religión, se resisten á ver una revolución intelectual y moral á la vez que política, en una revolución que consideran como obra de los filósofos; convienen sin dificultad en que había abusos en el antiguo régimen, abusos feudales, abusos eclesiásticos; no hacía falta más que corregirlos. Hé aquí toda la Revolución. Nada era más fácil que conjurarla, dicen esos liliputienses. No advierten que la Revolución se dirigía á la humanidad por lo ménos tanto como á la Francia; que la misión de los hombres de 1789 y de 1793 era ante todo una misión de propaganda; no ven que las causas de una revolución

universal deben buscarse en otra parte tanto como en Francia; que es menester observar durante siglos las nubes que se amontonan y la electricidad que se acumula, si se quiere saber de dónde proviene la tempestad que conmueve el globo.

Otra reacción se ha producido contra la Revolución de 1789, y es la reacción de la pérdida de la esperanza. Es igualmente injusta, pero al ménos se comprende. Cuando se ha visto á un hombre subyugar á una gran nación invocando los principios de 1789, se ocurre dudar si aquellas famosas ideas de 1789 eran efectivamente ideas de libertad. No ha parado en esto la decepción. Si el despotismo pudiese ser imputado á algunos individuos, cabría consuelo en rigor como de un accidente sin consecuencias. Pero la tendencia que consiste en imputar á un solo hombre la opresión que pesa sobre todo un pueblo es la más grosera de las ilusiones: César necesita instrumentos, y aún con estos instrumentos no basta. ¿Qué importan unos cuantos individuos que venden su conciencia? ¿Qué importa un ejército adicto á su jefe? Por formidable que le supongais, es una fuerza imperceptible en presencia de toda una nación. Si, pues, un pueblo pierde su libertad, debe ser cómplice de los que se la arrebatan. Hé aquí un espectáculo doloroso y desconsolador. Escuchemos el amargo lenguaje de un escritor que imputa á la Revolución este rebajamiento de los caracteres: «Yo creía, dice M. Renan, que la Revolución era sinónimo de liberalismo.... Yo no veía aún el virus oculto en el sistema social creado por el espíritu francés; no había echado de ver como, con su violencia, su desden de los derechos personales, la Revolución contenía un germen de ruina.... Si los principios de 1789 significan lo que con demasiada frecuencia se les ha hecho significar; si contienen como consecuencia el rebajamiento de los caracteres; si han de acarrear el despotismo de los intereses materiales, y so pretexto de igualdad la depresión de todos, es preciso renegar de 1789. Nada es más fatal para una nación que ese fetiquismo que le hace cifrar su amor propio en la defensa de ciertos nombres, con los cuales se la puede llevar á los últimos confines de la servidumbre y de la humillación. Lo que importa principalmente es que el apego fanático á los recuerdos de una época no sea un embarazo en la obra esencial de nuestro tiempo, la fun-

dacion de la libertad por medio de la regeneracion de la conciencia individual» (1).

Pagamos con gusto nuestro tributo de admiracion á los sentimientos que animan al autor de esta página, digna de Tácito, cuando condena la servidumbre voluntaria de los Romanos del imperio. Que el historiador señale con el hierro candente á los miserables que se prostituyen ante un amo, que denuncie los errores que turban la inteligencia y extravían los ánimos; perfectamente, ésta es su mision. Pero tambien es su mision el ser justo. Ahora bien; ¿hay justicia en equiparar las debilidades y las apostasías de 1852 con los arranques entusiastas de 1789? Los vencedores de la Bastilla y los autores de la declaracion de los derechos ¿eran Romanos del imperio? El historiador no debe conocer la desesperacion; no se desanima nunca; no duda nunca de los destinos de la humanidad, porque sabe que Dios los dirige. Por triste, por repugnante que sea el espectáculo de las imperfecciones humanas, el historiador no desfallece. Con los ojos fijos en el porvenir, se consuela de las miserias del presente. Cuando juzga lo presente, no lo condena ni lo ensalza. Reprobarlo valdria tanto como condenar á la humanidad, y esta censura alcanzaria hasta Dios. No lo ensalza, porque siempre hay algo debido á las debilidades humanas. Pero las faltas de los individuos y las expiaciones, que son su consecuencia inevitable, no impiden que vaya perfeccionándose incesantemente; tropezando es como el hombre aprende á andar.

Es necesario tambien que los pueblos saquen partido de sus faltas; solamente con esta condicion son dignos de llamarse soberanos; porque, quien dice soberanía, dice responsabilidad. Es conveniente, pues, despertar é ilustrar la conciencia general. Esta es la mision del historiador; debe decir la verdad á las naciones soberanas, como debia decirla en otro tiempo á los príncipes soberanos; debe poner en evidencia sus errores, para que procuren evitarlos en el porvenir. Solamente de esta manera llegará á ser la historia lo que apénas ha sido hasta hoy, una enseñanza saludable. Los reyes no han aprovechado sus lecciones; su egoismo es un obstáculo invencible para la abnegacion que deberian te-

(1) RENAN, *Ensayos de moral y de crítica*, prólogo, p. x.

ner si habian de comprender su mision. Han sido dueños y señores; deben dejar de serlo. Perdonémosles, si su interes los ciega hasta el punto de creerse eternos, y esperemos que los pueblos sabrán ver mejor. Su mision no es transitoria como la de los reyes; no están llamados á abdicar; son realmente eternos como la humanidad; pero deben tambien, como los individuos, ir incesantemente perfeccionándose. Su destino está en sus manos; pero tienen que hacerlo por sí mismos, es decir, deben ayudarse, si quieren que Dios les ayude. Imperfectos á la par que perfectibles, deben aprender á conocerse para poder enmendar sus errores. De esta manera realizarán la libertad y felicidad que á la naturaleza humana es dado realizar.

§ III.—La era nueva.

N.º 1.—La Revolucion como una era nueva.

El siglo XVIII tenia aspiraciones infinitas y esperanzas igualmente ilimitadas. Esta tendencia presentaba una particularidad, y es que, por oposicion al cristianismo, que buscaba la felicidad en la vida futura, los filósofos esperaban su realizacion en esta tierra. No pudiendo ya creer en un cielo quimérico, viciado ademas por la horrible concepcion del infierno, dieron en concebir ó en soñar una felicidad terrestre. El sentimiento del progreso que los inspiraba les daba la conviccion de un perfeccionamiento de las instituciones civiles y políticas, que no tenia más límites que los del espíritu humano, y estos límites no eran perceptibles. La Revolucion tenia las mismas aspiraciones y alimentaba las mismas esperanzas. Se ha querido ridiculizar aquellas ilusiones; los católicos, muy aficionados á burlarse de la inmortalidad terrestre profetizada por Condoreet, no reflexionan que la inmortalidad que la Iglesia promete á sus elegidos es igualmente imaginaria. Al ménos hay algo consolador en el ideal filosófico, y es que todo hombre está llamado á disfrutar de la felicidad de vivir, al paso que en la creencia católica hay miles de reprobados por un escogido. Y ¿era